

LA VISITACIÓN

Meditación – 2024

San Ignacio en el número [263] de sus ejercicios espirituales propone, dentro de los misterios de la vida de Cristo, el de la **Visitación de la Virgen María a su prima Santa Isabel**¹ y señala tres puntos, que resumidamente son:

- 1- La alegría que sintió Isabel por la presencia de la Virgen María, porque Juan Bautista saltó de gozo en sus entrañas.
- 2- El cántico de María que conocemos como el Magnificat.
- 3- María pasados tres meses volvió a su casa.

Vamos a fijarnos en esos tres puntos, desde la perspectiva de lo que podemos llamar la gracia actual.

Los teólogos al hablar de la gracia, -que es el don de Dios que viene a nuestros corazones, que es la participación de la vida divina, que es el amor de Dios en nosotros, su vida, (se puede decir de varias maneras)- una de las divisiones que hacen es la gracia habitual y actual.

Gracia habitual se entiende aquella que uno tiene de forma permanente. En cambio por **gracia actual** se suele considerar esa iluminación de la inteligencia, o esa moción que Dios da a nuestra voluntad, para que hagamos una determinada obra, para responder de una forma determinada y secundar la iniciativa divina.

La gracia es un tema difícil pero importante. Hay que señalar que siempre la eficacia viene de Dios, y que al mismo tiempo es Dios el que mueve nuestra alma al bien. Prácticamente en estos inicios de la cuaresma, si recordáis, ahora ya estamos a mitad de la cuaresma, pero hace unas semanas, la primera semana de cuaresma, una de las oraciones decía esto: «Que tu gracia señor, nos inspire –inspiren nuestros actos – que ella nos haga perseverar, para que todas nuestras oraciones y nuestras acciones comiencen por Ti y sean llevadas a su perfección, por Ti». Y hay otras oraciones frecuentes que aparecen en el misal muchas veces, que tienen su origen en los concilios antipelagianos de los primeros siglos, donde se señalan esa preeminencia de la acción de Dios en nosotros, «hacemos el bien porque Dios nos mueve a hacerlo». Desde esta perspectiva vamos a intentar contemplar un poquito y de la mano de San Ignacio, esta escena de **«La visitación de la Virgen a su prima Santa Isabel»**.

Fijémonos en primer lugar en que María, después de recibir el anuncio del ángel, -ella que ya es llena de Gracia- se pone en camino, porque el ángel le ha dicho que Isabel también está esperando un hijo. Isabel –coloquémonos ahora un poco en el ámbito de la

¹ [263] De la visitación de nuestra Señora a Isabel, Lc. 1, 39-56.

imaginación- es una mujer mayor. María es una chica joven. Isabel ha concebido de una forma inesperada, anunciada por el ángel a Zacarías, pero sorprendente para ella porque era ya mayor y además era estéril.

Entonces ¿María qué hace?; cuando el ángel le señala eso, se pone inmediatamente en camino, dice el Evangelio «se fue con prisa a la montaña», y cuando llega a casa de Isabel Isabel inmediatamente experimenta que allí sucede algo grande, por eso dice: «¿Cómo es que la madre de mi Señor, ha venido a visitarme?». ¿Cómo lo ha notado Isabel?: porque Juan Bautista ha saltado de alegría en sus entrañas, ha sentido la presencia de Jesús que está en el seno de María, la ha sentido desde las entrañas de Isabel; por eso la Iglesia también celebra cada año la **Natividad de Juan Bautista**. Fijáros que generalmente nosotros celebramos la fiesta de los santos en el día de su fallecimiento, porque es cuando entran en el Cielo, en cambio por ejemplo, de Juan Bautista celebramos también su Natividad, porque fue santificado en el vientre de Isabel.

¿Qué nos vamos a fijar en este primer punto, desde esa perspectiva de la gracia actual?. Fijaros que Dios continuamente suscita en nosotros situaciones, en las cuales podemos crecer o podemos manifestarle nuestro amor a Él, porque tenemos la oportunidad de vivir según la medida de Cristo, de actuar como lo haría Jesús. Vamos a poner un ejemplo:

Voy a leer un texto, que tomo de un libro del padre Sicari. Este autor italiano que es carmelita ha publicado las biografías de muchos santos. Vamos a poner un ejemplo de San José Cottolengo. San José Cottolengo era un buen sacerdote, no era santo todavía. Un canónigo de cierto éxito, de buena familia que también se dedicaba a los demás. Dedicaba tiempo a confesar, se dedicaba también a atender a los estudiantes cuando hacía falta. Era caritativo con los pobres. Pero no estaba sin embargo totalmente contento, totalmente feliz.

Es posible que también la lectura o el conocimiento de la vida de San Vicente de Paul, también le hubiera hecho nacer en él el deseo de algo más grande. Esto también nos sucede a nosotros. Estamos más o menos bien en nuestra vida y de golpe conocemos la vida de un santo, o nos enteramos de alguna persona que ha hecho alguna obra caritativa, o que nos sorprende por su entrega, por su generosidad, por su vida de oración, por su penitencia o lo que sea; entonces eso como que suscita en nuestro corazón una nostalgia. José Cottolengo se encontraba en esa situación. Predicaba bien, la gente le gustaba escucharle, dedicaba tiempo a la confesión, llevaba una vida sobria, moderada, no le faltaban tampoco comodidades por su familia, pero tampoco podríamos decir se dedicaba a la vida regalada, pero no estaba plenamente contento.

¿Qué sucedió un día? lo explica muy bien el padre Sicari, sucedió que, llegó una diligencia de Francia con varios pasajeros, pero llegaba una mujer embarazada y enferma. A esa mujer enferma no la querían recoger en ningún hospital, porque en aquel momento había algunas enfermedades, y ésta se conocía como la fiebre francesa, -una especie de peste-, y tenían miedo de contagiarle, nadie la quería atender. El caso es que esa mujer da a luz, y ya enferma va a morir. Llamen al canónigo Cottolengo, que acude porque era un hombre generoso y siempre disponible, y le puede dar la unción. Puede atender también al niño que ha nacido y bautizarlo, que también muera al cabo de poco tiempo. Entonces José Cottolengo queda

impresionado por ese hecho, y se va a la capilla de su iglesia. ¿Y cuál es su oración? así la resume el padre Sicari dice, delante del Santísimo Sacramento él dijo:

«¡Mi Dios!, ¿por qué?, ¿por qué has querido que fuera testigo de esto?, ¿qué quieres de mí?. Necesito hacer alguna cosa».

Qué oración tan interesante. Porque ante ese hecho, que quizás a otras personas les hubiera suscitado un grito de protesta, los hubiera sumido la perplejidad o en la tristeza absoluta Cottolengo se va delante del Santísimo y le pregunta a Dios: ¿por qué tú has querido que yo viera esto?, ¿qué me quieres decir?, y al mismo tiempo en su corazón se da una resolución, «tengo que hacer alguna cosa».

Explica nuestro carmelita que después de esto hizo tocar las campanas, encendió las luces, convocó a la gente, y se puso a alabar a Dios porque descubrió lo que tenía que hacer, que fue esa obra tan grande que todavía perdura, de hacer hospitales para la gente sin recursos, para los enfermos que ya no tienen ni posibilidad de curarse pero hay que atenderlos.

Eso nos coloca en la línea de la visitación y de la gracia de la gracia actual. La Virgen María recibe la noticia: «Isabel tu prima, a pesar de lo avanzado de su edad, va a tener un hijo». ¿Ella de qué se da cuenta?, no recibe solo eso como una información, una curiosidad. Tantas veces en nuestro mundo y más ahora con las nuevas tecnologías, nos enteramos de todo; pero se suscita en nuestro corazón la pregunta ¿cómo debo responder yo a esto?. Porque quizá muchas veces, ante ciertas noticias, lo que tenga que nacer en nuestro corazón, es la oración de desagravio, o tenga que nacer la compasión por esas personas, o se suscite aprender, decir «mira lo que han hecho esos, yo podría hacer algo parecido en mi casa, en mi parroquia, en mi ambiente».

Un poco lo que ha dicho el Papa Francisco, para la cuaresma de este año 2024, ha dicho que la acción de los cristianos también pueda tener alguna consecuencia. Por ejemplo, él decía en el barrio, pero eso lo podríamos extender a todo, a mi casa, con mis amigos, mi trabajo, donde sea.

Entonces el **primer punto** sería eso: La gracia nos mueve a descubrir circunstancias, en las cuales nosotros, con la ayuda de Dios, podemos también allí continuar o manifestar la presencia de Cristo y dar testimonio de su amor, y eso lleva a que se produzca un efecto análogo al que sucedió en casa de Isabel, «el niño ha saltado de alegría». Pensando en el padre San José Cottolengo, cuántos niños, cuántas niñas, cuántos hombres maduros, mujeres, han experimentado esa alegría en los cotolengos que hay en tantos lugares del mundo, porque Dios les ha visitado a través de la caridad de otras personas.

El **segundo punto** que dice San Ignacio, es el Canto del Magníficat. Después de recibir esa felicitación de Isabel que le dice a la Virgen «¡Feliz tú que has creído!, porque lo que el Señor te ha hecho saber se cumplirá» la Virgen María saltó de gozo. Su alma desbordó de gozo. Y dice esas palabras que todos conocemos «Proclama mi alma la grandeza del Señor», o engrandece mi alma, mi alma se hace grande, porque el alma del hombre crece, se dilata, se expansiona conforme canta la alabanza de Dios. El reconocimiento de que el bien que sucede en ella y por ella viene todo de Dios. María es llena de Gracia, pero eso no le impide

continuamente responder a esa gracia. Siempre llena de gracia, y siempre desbordante, y siempre creciendo, y siempre en la sobreabundancia. No sabemos cómo expresar ese misterio tan grande de María, que no deja de responder continuamente a los dones de Dios, y de verse inundada, rodeada, por esa gracia a la que responde con toda su libertad, y de una forma absolutamente sin guardar nada para sí misma.

«Proclama mi alma la grandeza del Señor», es el segundo punto que podemos meditar.

Me gustaría recordar aquí, otro testimonio también de la historia, porque esos ejemplos nos ayudan siempre, a darnos cuenta de que la acción de Dios no es algo del pasado, sino que sigue sucediendo en nuestra vida. En este caso voy a hablar del Rey Balduino de Bélgica, rey de los belgas. Explica –creo que está en su diario– que en cierta ocasión, que hubo unas graves inundaciones en su país, él salió y estuvo visitando a los damnificados, estuvo mirando también los daños que habían causado las lluvias, acercándose a su pueblo. Es lo que tiene que hacer un gobernante, estar con los suyos, ayudarles o al menos interesarse por ellos, y después por la noche anotó en su diario algo así:

«_Te doy gracias Señor, porque hoy he podido ayudar a una persona», se ve que le había dado su gabardina, había encontrado a alguien allí que quizá lo había perdido todo, en ese momento por la lluvia que estaría pasando frío y él le dio su gabardina. Entonces dice: «te doy gracias porque he hecho eso». Este es el segundo punto de la gracia, cuando obramos por la gracia, somos movidos por Dios, entonces también nos damos cuenta que es Dios el que nos ha llevado a hacer el bien. Por lo tanto damos gracias a Dios por esa obra buena. Muchas veces nos es fácil reconocer cuando recibimos un favor enseguida nos damos cuenta, porque es algo que ha venido de fuera. Necesitábamos un trabajo y te lo ofrecen, entonces dices: «eso ha venido de fuera», no he creado yo el puesto de trabajo, me lo han dado. Estaba enfermo y me han curado, un médico ha acertado en mi enfermedad y me ha dado el tratamiento que necesitaba, ha venido como de fuera, reconocemos. Pero cuando es una buena obra, -he ayudado a alguien, he escuchado a otra persona, he visitado un enfermo, he dado limosna, he rezado-; como es una acción realizada por nosotros mismos a veces nos pasa desapercibido que es Dios el que nos ha movido hacer el bien.

Recordemos aquellas palabras de Jesús a sus discípulos, que San Juan coloca en el contexto de la última cena «*sin mí no podéis hacer nada*»², y que precedidas de aquellas otras las cuales Jesús dice: «*no me habéis elegido vosotros a mí sino os he elegido yo a vosotros. Y os he enviado para que deis fruto y vuestro fruto perdure*»³.

El canto del magnificat nos coloca en esa senda del agradecimiento. Hemos realizado la buena obra, algo bueno, movidos por la gracia. La Virgen María continuamente eleva, su canto a Dios. Eso es el Magnificat, es un canto tremendo, en el cual la Virgen María une el presente de aquel momento con el futuro, «*porque todas las generaciones me llamarán bienaventurada*», me felicitarán todos los que vendrán después. Todos los que formamos parte de ese pueblo que nació de la cruz de Cristo, del cual también María es madre. Ella nos ha engendrado, ha contribuido, a que seamos engendrados para la vida divina, que

² Jn 15,5.

³ Jn 15,16.

seamos hijos de Dios, hijos de su hijo. Y al mismo tiempo una también la Virgen María el pasado, porque recuerda la promesa que Dios había hecho a los padres de Israel, Abraham y su descendencia por siempre. Eso creo que también para nosotros es importante, vivir en ese agradecimiento, que nos hace miembros también de un pueblo, de un pueblo que es el pueblo de la Iglesia. Muchas veces alguien dice, «¿y ahora yo de qué doy gracias?», doy gracias con toda la iglesia por todo el bien, por toda la santidad que se va también distribuyendo en el mundo a través de la Iglesia, por toda esa acción buena, esa presencia de Dios en medio de los hombres, esa salvación que sigue llegando de Jesús, a la gente.

Y el **tercer punto**, ya el último, es este que dice San Ignacio de que María después se volvió a su casa. «*Después de tres meses, María volvió a su casa*» que ya cuando nacería Juan, porque el Ángel Gabriel se había presentado en Nazaret en casa de la Virgen en el sexto mes, el sexto mes de la concepción de Juan Bautista. María ya estaba de tres, por tanto ya han pasado nueve, ya habría nacido Juan Bautista, por eso también en nuestro calendario, en las celebraciones litúrgicas, celebramos el nacimiento de Juan Bautista el 24 de junio, y 6 meses después, el nacimiento de Jesús en Belén. María ya se va, no se queda allí para siempre.

Vamos a meditarlo desde una experiencia que le sucedió al mismo San Ignacio de Loyola. El contexto es cuando San Ignacio había subido a la montaña de Monserrat. Había estado allí varios días. Se había estado preparando para confesarse, se había confesado, y allí ya una vez confesado, ya se va de Monserrat, se desprende de sus vestiduras y se las ha dado a un pobre. Entonces sucedió:

«Y yendo ya a una legua de Monserrat, le alcanzó un hombre que venía con mucha prisa detrás de él, y le preguntó si había él dado unos vestidos a un pobre como el pobre decía. Y respondiendo que sí, le saltaron las lágrimas de los ojos de compasión por el pobre, a quien había dado los vestidos de compasión, porque comprendió que lo dejaban pensando que los había robado. Pero por mucho que él huía la estimación, no pudo estar mucho en Manresa sin que las gentes dijeren grandes cosas, naciendo la opinión de los de Monserrat, y luego creció la fama, diciéndose más de lo que era, que había dejado tanta renta, etc. ».

Este texto nos hace pensar, en lo que después, hablando de San Ignacio, él llama la caridad discreta, o que la caridad no ha de ser indiscreta. Y cuando dice discreta o indiscreta, se refiere a que hay que hacerla también utilizando la razón, midiendo lo que uno hace. Porque pueden haber varios excesos. También ahí hay que pedir la luz de Dios; el caso que pone San Ignacio, es que aquel pobre, que se ha encontrado con los vestidos lujosísimos y que se los han dado y que podría estar muy contento, sin embargo los demás ¿que han interpretado?, los que le ven dicen: ¿este hombre, qué hace con estos vestidos?, los habrá robado. A veces haces un bien, que puede reportar un mal a otras personas sin darte cuenta. El caso que nos interesa, -porque cada uno ha de pedir también la luz al Espíritu Santo para acertar-, el texto nos dice que María estuvo tres meses. Consideró que ya no tenía que quedarse más. Uno podía decir; Oye, ¿por qué se va?/ ¿por qué no se va? bueno, es la luz que Dios da a cada uno para hacer el bien y que siempre continuamente hay que pedir, ¿hasta cuándo tengo que estar en un sitio?.

Porque si no también puede suceder, -lo digo ahora ya como un defecto que se puede dar a veces en nosotros-, que hacemos un bien en un lugar pero luego ya no somos necesarios y queremos seguir allí por lo que sea, porque nos gloriamos en esa acción, porque nos encontramos a gusto, porque nos lo reconocen. Eso que también hemos leído en el texto le dolía a San Ignacio, que la gente hablaba muy bien de él, y él hubiera preferido que no se hablara tan bien de él en ese momento. No que hablaran mal, sino que tampoco se hicieran una idea exagerada de su persona, porque él, como todos los santos, sobre todo lo que desean, es que se dé Gloria a Dios y tienen conciencia de su pequeñez y de la acción de Dios en ello.

Creo que estos tres puntos nos llevan a considerar, por tanto, cómo podemos ser instrumentos de la acción de Dios si nos abrimos a Él. El Papa Benedicto XVI, en algún momento, comenta que también nosotros podemos prestarle a Dios nuestro corazón, podemos prestarle nuestro cuerpo, podemos prestarle todo lo que somos para que Dios siga haciendo cosas buenas en este mundo. Es una forma de decir, que la santidad a la que estamos llamados, no es sólo una perfección personal por la cual nos hacemos merecedores de la vida eterna. Ciertamente la respuesta a la gracia nos hace que podamos merecer el Cielo porque Jesús así lo ha dispuesto. Pero esa santidad, no consiste solo en que yo voy a conseguir un premio, sino que también se desborda en el bien que vamos a hacer a los demás. Y Dios no deja de suscitar situaciones o de iluminarnos para que podamos descubrir situaciones en las que poder crecer en el amor a Él, y también manifestar ese amor a nuestro prójimo.

Que Dios, queridos hermanos, nos guíe y nos ilumine a todos.